

## SEMBLANZA DE ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

El viernes 8 de julio pasado, a los 95 años de edad, murió en la ciudad de México el filósofo hispano-mexicano, Adolfo Sánchez Vázquez. Nació en Algeciras, Cádiz, en 1915 y tuvo una vida extraordinariamente fructífera en el ámbito político y teórico. A través de las entrevistas que concedió y sus textos autobiográficos, que se complementarán cuando se publiquen sus Memorias, que dictó, en los últimos años, a su hija Aurora, se han ido develando las decisiones que tuvo que tomar en su vida. La primera de ellas fue su adhesión a las fuerzas antifascistas que luchaban en contra del franquismo. En efecto, en su juventud se adhirió a las Juventudes Socialistas Unificadas, en donde dirigió, siendo muy joven, el periódico *Ahora*. Más tarde, tuvo a su cargo el periódico *Pasaremos!*, órgano de la Onceava División del Ejército Republicano. Hemos sabido que en sus memorias describirá la batalla del Ebro y la forma en que pasó a Francia, enviado por el Partido Comunista Español para organizar la resistencia cuando ya todo estaba prácticamente perdido. Hasta Francia llegó la noticia de la hospitalidad que ofrecía el gobierno mexicano a través del presidente Lázaro Cárdenas y junto con miles de refugiados, Sánchez Vázquez, en compañía de sus amigos, Juan Rejano y Pedro Garfias, se hicieron a la mar en el buque *Sinaia*, arribando al país por el Puerto de Veracruz. Sánchez Vázquez tenía entonces 24 años.

Aquí en México tuvo varios trabajos: profesor de español en la Embajada de la URSS; guionista de cine; encargado de la guardería de los “Niños de Morelia”, que habían sido enviados por sus padres españoles para salvarlos de la Guerra. Aquí se casó con la Sra. Aurora Rebolledo y tuvo tres hijos (Adolfo, Enrique y Aurora). Reinició sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, graduándose, por un lado, de maestro en letras españolas y, por otro, de maestro y doctor en filosofía. Durante un periodo participó activamente en los trabajos organizativos del Partido Comunista Español en el exilio, hasta que se terminó la relación entre la sección mexicana y la española. No obstante, Sánchez Vázquez mantuvo la esperanza, durante mucho tiempo, que las fuerzas de la resistencia triunfaran. Esta esperanza y el exilio mismo terminaron cuando se restableció la democracia (en maridaje con la monarquía) en su país natal. Las reflexiones sobre lo que significó para él ese proceso, se encuentran

en varios libros, pero en especial en el texto denominado “Cuando el exilio permanece y dura”, que forma parte del libro titulado *Exilio!*, Tinta libre, México, 1977, que está integrado por textos de exiliados de diversos países en nuestro país, y que prologó Gabriel García Márquez.

Como dice también en sus escritos biográficos, fueron dos los grandes acontecimientos históricos que le hicieron reflexionar sobre la teoría y la práctica del marxismo. El primero fue el “Informe secreto de Nikita Jrushov”, ante el Comité Central del Partido Comunista de la URSS y en el que denunciaba los crímenes de Stalin, y el segundo fue la Revolución cubana. Inició entonces una reflexión crítica y autocrítica sobre la teoría y praxis del marxismo. El primer paso que dio fue demostrar, a través de su primera gran obra: *Las ideas estéticas de Marx* (1965), y su antología en dos volúmenes de *Estética y marxismo* (1970), que la concepción del “realismo socialista” impuesta por el estalinismo, no tenía fundamento en los clásicos. Marx había expuesto, a pesar de que no había tenido como objetivo principal el campo de la estética, una serie de concepciones muy ricas y que dieron lugar a un amplio espectro de posturas que iban desde Della Volpe hasta Brecht y desde Lukács hasta Voloshinov. La concepción estética del realismo socialista, impuesta por el gobierno soviético a todos los escritores y artistas, fue combatida por Sánchez Vázquez, al demostrar que en la estética marxista se habían desarrollado en forma extraordinariamente creativa las concepciones del arte como conocimiento; como lenguaje; como juego; como revolución en la forma y el contenido. Aquí se inicia una larga serie de libros que dio a conocer nuestro autor hasta culminar en su *Invitación a la estética* (2004), aunque todavía publicó *La estética como recepción y como participación*.

Pero en 1967, el filósofo dio un nuevo paso en su esfuerzo crítico, oponiéndose, en primer lugar, al llamado “materialismo dialéctico” que fue impuesto como filosofía oficial por Stalin en 1938 y que se mantuvo como corriente oficial después de su muerte. Sánchez Vázquez se opuso a la tesis del materialismo dialéctico como “ciencia de las ciencias” y fundamentó la tesis de que Marx había dado origen a una filosofía de la praxis; pero nuestro autor va más allá reflexionando sobre el concepto de praxis desde los griegos hasta Marx y luego planteando diversas formas de la praxis como creadora (que se manifiesta en el arte y en la revolución) y reiterativa. De igual manera, el autor aborda temas como los de razón e historia; la naturaleza de la violencia y la relación entre teoría y praxis en pensadores revolucionarios como Lenin. Sánchez Vázquez considera que Marx produjo una revolución en la filosofía más allá de Kant y Hegel, al practicar una revolución copernicana que implicó partir de la praxis para revolucionar la sociedad. Marx concibió al hombre como un ser onto-creador cuya realización plena está impedida, obstaculizada y desnaturalizada por la sociedad capitalista. Se requiere cambiar

al mundo para crear una sociedad más justa y más libre. Una mayor profundización sobre esta tesis de Marx se encuentra en su libro *Economía y filosofía en el joven Marx* (1982) y una fundamentación polémica en su libro *Ciencia y Revolución. El marxismo de Althusser* (1978). En todos ellos demostró una voluntad de rigor, de profundización y de creatividad.

Pero en donde Sánchez Vázquez demuestra una enorme capacidad de crítica y autocrítica, es cuando dirige sus baterías al análisis del llamado “socialismo real”. Hoy mucha gente de izquierda (no toda) acepta que la sociedad construida en la URSS no era realmente socialista, empero, hacer esta afirmación en la década de los ochenta equivalía a una auténtica traición. Cuando escuchamos a Sánchez Vázquez negar, en una conferencia y después en un ensayo dedicado al “Reexamen del socialismo”, que las sociedades llamadas socialistas no lo eran en realidad, de acuerdo a sus análisis tanto de las obras de los clásicos (véase *El Valor del socialismo*, 2003) como de las condiciones concretas en que se había gestado esa experiencia, a muchos nos invadió la incertidumbre. Era como decirle al creyente que Dios no existía o que lo que había creído toda la vida era falso, empero, esto nos preparó en parte para lo que sobre vino en 1989: “El derrumbe del Muro de Berlín”, que paralizó a la izquierda mundial, y el derrumbe del llamado socialismo real en Europa del Este y la URSS. Lo que había hecho ASV era un ejercicio de honestidad intelectual. Frente a las posturas de Trotsky, Schaff, Bettelheim, Bahro, Suslov y otros, sostuvo que el llamado “socialismo real” no era ni capitalista ni socialista, sino una formación específica de transición al socialismo que estaba bloqueada por la tecnoburocracia que se había apoderado del Estado y suprimido la democracia. Pero la diferencia esencial entre la crítica de Sánchez Vázquez y de otros intelectuales honestos del mundo con respecto de la crítica liberal y oportunista era que se hacía desde el marxismo y desde un auténtico socialismo, ya que no dejaba en la oscuridad una impugnación radical al capitalismo y sus estructuras de injusticia y alienación.

Pero desde los años sesenta, ASV había advertido que en el marxismo faltaba una teoría de la moral y una nueva concepción de la utopía. Uno de sus últimos libros, que sucedió a la publicación del manual de *Ética* (1969) y de diversos ensayos sobre la temática, fue el denominado *Ética y política* (2007) en donde analizó las diversas posturas existentes: una ética sin política como la que se manifiesta en los movimientos que abogan por la no violencia; una política sin ética cuyos ejemplos abundan en el presente mexicano hundido en el pragmatismo, y una interrelación compleja entre la estrategia para tomar el poder y la concepción ética que debe, forzosamente acompañarla para no caer en formas salvajes de maquiavelismo y que estarían muy lejanas del socialismo. Y qué decir sobre el tema de la utopía que desarrolló en aquella ponencia

que expuso en uno de los cursos de Verano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, junto a Kolakowsky, Morin, Marcuse, Colletti y Garaudy, titulado “Crítica de la utopía” (y que después se convirtiera en un libro titulado al revés del clásico engelsiano *Del socialismo científico al socialismo utópico*, 1975).

Sánchez Vázquez fue uno de los pilares de nuestra revista *Dialéctica* y de los procesos de modernización progresista de la Universidad Autónoma de Puebla (hoy BUAP). Estuvo siempre a nuestro lado, apoyándonos con sus textos, con la participación en los seminarios, coloquios y congresos que realizamos durante los 35 años que llevamos de vida. Participó también en las presentaciones de los números que iban editándose y fue siempre nuestro consejero y amigo. La BUAP le otorgó su primer doctorado honoris causa en reconocimiento a su aportación.

Pero los años pasan inexorablemente y Sánchez Vázquez fue enfrentado a una contradicción inevitable: a los noventa años; a los noventa y tres; noventa y cuatro; noventa y cinco, conserva una lucidez mental impresionante mientras ve cómo sus facultades físicas van disminuyendo. A pesar de todo, organiza lo que creo es uno de sus últimos libros: *Incursiones literarias* (UNAM, México, 2009) en donde incluye textos sobre Unamuno, Neruda, Marinello, Cervantes, Sor Juana Inés de la Cruz, Octavio Paz, Machado, Valle Inclán y otros. Con ello demostró su fuerza de luchador hasta el último momento.

Su vida se apagó el 8 de julio pasado. Muchos discípulos y colegas asistieron a su entierro y lamentaron (lamentamos) consternados, su fallecimiento.

¿Qué podría definir al filósofo Sánchez Vázquez?

Primero su generosidad con sus discípulos y colegas que recibieron una reflexión inteligente sobre sus obras. Su bondad con sus amigos. Su capacidad para cambiar. El trauma del exilio lo había vuelto, en los primeros años, extraordinariamente serio y, aunque nunca dejó de percibirse un fondo de pesadumbre, el colorido del movimiento del 68 y su voluntad de luchar le devolvió el ánimo y le hizo cada vez más flexible y tolerante. Tuvo la voluntad de explorar nuevos rumbos en la filosofía, en la concepción de la utopía y en la filosofía moral y política. Tuvo la voluntad y entereza de persistir en el marxismo a pesar del derrumbe del llamado “socialismo real” y en medio de la defeción y el desgarramiento del vestiduras por los exmarxistas de toda laya que pasaron de un fanatismo a otro, sin embargo, no se detuvo en la nostalgia y avanzó hacia nuevas posiciones al considerar que un auténtico socialismo seguirá siendo valioso y deseable si es democrático, ecológico y ético.